

# LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

IDEM.

Esta Asociacion no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

## MALES Y REMEDIOS DE LA ÉPOCA.

VII.

### TRANSFORMACION SOCIAL.

Penetrados de la funesta influencia que los principios revolucionarios y los trastornos públicos han ejercido sobre los pueblos pervirtiendo sus ideas y costumbres y provocando los graves conflictos que nos amenazan, esperan muchos que el robustecimiento del poder y las doctrinas de orden y gobierno ejercerán en los mismos una reaccion saludable, y que la política, tan eficaz como ha sido en daño de las sociedades, lo será otro tanto para su remedio. Unos en las nuevas teorías de los publicistas mas afamados y en los combinados esfuerzos del desengaño con el interés y de la riqueza con el talento, otros en instituciones mas fuertes y monárquicas y en los triunfos materiales conseguidos sobre la revolucion por los gobiernos, fijan para el porvenir consoladoras esperanzas, y ven la firme valla donde han de estrellarse los ímpetus de la democracia. Pero las cuestiones sociales no se deciden en los campos de batalla ni en las votaciones de una asamblea; y si por un momento se adaptan y someten á la índole de las formas políticas ó cejan ante la fuerza de los acontecimientos, ora obrando lenta y naturalmente, ora con violencia irresistible, acaban por imprimir á aquellas su carácter y á estos su direccion. El impulso, muy á menudo partido

desde arriba, ya no se detiene, una vez dado, hasta las últimas estremidades, arrastrando al que demasiado tarde se esfuerza en contenerlo: la corriente no vuelve á la mano que soltó su dique; y las reacciones, al llegar despues de que la accion haya cumplido su periodo regular, casi siempre parten del opuesto punto y en direccion inversa. La accion partió de los gobiernos; la reaccion debe venir en todo caso de las mismas sociedades.

En la vida de las naciones y en la marcha de los siglos descubre el observador atento una idea constante y un rumbo fijo, al cual se subordinan todas las ideas y tendencias secundarias. Los intereses mas opuestos, los hechos mas desfavorables se convierten en medios los mas oportunos para proteger su desarrollo y lograr su objeto, las derrotas vienen á servirle de triunfos; amigos y enemigos, los hombres de genio y la muchedumbre en masa, parecen ciegos instrumentos de su prepotencia y batidores que le allanan el camino. Y ese espíritu, esa tendencia dominante, amolda las opiniones, se arraiga en las costumbres, se identifica con los sentimientos, se insinua en las leyes mismas que pretenden cohibirlo; en todas partes deja percibirse, bajo todas las formas y en los menores incidentes se reproduce. Tendamos la vista en derredor nuestro, estudiemos el principio generador y el líquido resultado de los acontecimientos y mudanzas por cuyo encontrado choque está pasando el corriente siglo, sigamos la direc



cion de su órbita al través de las oscilaciones que á cada punto sufre, examinemos las costumbres, sondeemos lo mas íntimo de nuestras ideas; y ciertamente no nos haremos ilusion acerca de la ruta que llevamos. Los estados fluctuan, los sistemas de represion y de libertad triunfan alternativamente, los gobiernos pierden en un dia el fruto de largos años de habilidad y de vigilancia, y á su vez en una hora de desastres la revolucion se deshonorra por mucho tiempo: pero en medio de estas vicisitudes, en el seno de la tranquilidad ó en el tumulto de las revueltas, bajo un régimen monárquico ó popular, solo una cosa persevera y avanza constantemente, ya con subterráneos é invisibles progresos, ya apareciendo con paso de gigante; y esta es la cuestion social. Los gobiernos se estrechan, pero las sociedades se disuelven; los sabios se desengañan, pero las masas se corrompen; los ricos retroceden, pero los proletarios empujan; tienden á hacerse mas monárquicas las instituciones, pero se hacen democráticas las costumbres. ¿Cuál de estas opuestas tendencias será mas poderosa? de un lado está el dique, del otro la corriente: vimos el resultado en 1848, lo hemos visto en los posteriores años, y no serán estas las últimas avenidas.

Lo diré, á riesgo de asustar á las gentes tímidas, de disgustar á las que se encuentren satisfechas, de pasar por sombrío agorero á los ojos de las mas confiadas. Nos acercamos, no ya á una crisis política, sino á una transformacion social de las mas completas y universales que en la historia moderna se han sucedido. Verdad es que de esta próxima renovacion no vemos hasta aquí los principios vitales sino los elementos disolventes: democracia en las formas de gobierno, individualismo en los intereses, egoismo en los sentimientos, racionalismo en las ideas, aislamiento y nivelacion en todo; estas son fuerzas de destruccion y no de vida, incompatibles en su extremo desarrollo con la existencia de las sociedades. Pero Dios, que mientras exista la humanidad atenderá á la conservacion de aquellas, detendrá las dolencias en el límite

necesario para que no lleguen á producir la muerte, reunirá los miembros dispersos, soplará sobre los huesos áridos; y el espíritu inmortal de autoridad, transmigrando al nuevo cuerpo, funcionará con una organizacion hasta ahora desconocida.

¿Y cuál será la organizacion, cuáles las formas sociales en el nuevo período en que va á entrar el mundo civilizado? Interrogad al observador mas profundo, al genio mas perspicaz que haya existido, acerca de los destinos de la generacion inmediata, y de las condiciones de existencia que debian reemplazar á las que en su tiempo tenian las sociedades y los gobiernos. Preguntad á los hombres del siglo XI lo que pensarán de la abolicion del feudalismo; preguntad á nuestros abuelos lo que creyeran de la posibilidad de nuestros cambios é innovaciones. El hombre, que apenas comprende lo futuro sino como una negacion de lo que ve presente, y para quien termina el mundo en el horizonte de su vista, fija siempre en el lindero adonde ha llegado entretenido y presuntuoso un decisivo *no hay mas allá*, que la posteridad empujada mas lejos se encarga de desmentir. Solo Dios sabe cuanto pueden aflojarse todavía los vínculos sociales sin producir una disolucion total, cuanto puede esparramarse el calor y fuerza de la autoridad sin que degeneren en anarquía, cuanto trecho pueden recorrer las naciones antes de llegar á su catástrofe postrera; y él sabe tambien qué elementos, qué instituciones, qué hombres suscitará para detenerlas en el borde del abismo. No es que crea yo posibles, para bien de la humanidad, los sueños del comunismo ó las utopias socialistas: este es el pensamiento informe, la descabellada tentativa, la irrupcion violenta que suele preceder á las grandes mudanzas, primer ensayo de espíritus inquietos para satisfacer apremiadoras necesidades, pero que no aciertan todavía con la solucion verdadera. La revolucion francesa del siglo pasado fué un acceso de frenesí pasajero, un delirio insostenible; y sin embargo ved la forma y la direccion que ha impreso á la Europa, y la colosal influencia que en todos conceptos ha



ejercido. Del empuje brutal y desordenado saca luego la providencia divina una tendencia normal y reguladora, de las teorías exageradas un fondo de verdad realizable, y un limo fecundo de las desastrosas avenidas. Si cayó un orden de cosas tan antiguo y tan robusto, ¿quién asegurará la inmovilidad al nuevo tan efímero? ¿será el predominio de las clases medias mas estable que el de las superiores? ¿serán las ínfimas menos afortunadas en saltar la barrera? Y si es cierto que en toda sociedad debe existir aristocracia, ¿no cabe imaginar una aristocracia mas accesible, mas personal, mas lata y móvil todavía que la existente?

Anuncio hechos, y no califico ideas. El tiempo, el modo de verificarse esta trasformacion en los pueblos, las crisis mas ó menos sangrientas que deben acompañarlas, no están al alcance de nuestras previsiones; bástame consignar, en medio de la ciega seguridad de los unos y del desesperado abatimiento de los otros, esta opinion donde caben á la vez prudentes temores y consoladoras esperanzas: la sociedad no muere, pero se renueva. No es tiempo de dormirse en el seno de un engañoso descanso á la sombra de los gabinetes ó de los ejércitos, ni de aguardar, cruzados los brazos con sombrío fatalismo, la catástrofe inevitable; tiempo es de que los gobiernos y los pueblos, las clases y los individuos, los satisfechos y los descontentos de lo presente, obren cada cual en su esfera para hacer la transicion menos brusca y mas suave, y esquivar á fuerza de moderacion y de prudencia los funestos conflictos que de ella resulten. Resistir de frente al movimiento, sería temerario; precipitarlo, adolecería de imprudencia si no de malignidad. Cuando un carruaje rueda por un declive, nadie se lanza por delante á contenerlo, nadie tampoco lo empuja inclinado sobre los caballos, sino que instintivamente écha el cuerpo hácia atrás para equilibrar con su peso la rapidez de la carrera.

J. M. Q.

## A LA CONSTANCIA.

Un periódico de esta ciudad así titulado me interpela acerca de mi último artículo *Disidencias políticas y dinásticas* en términos que la cortesía me impide dejar sin contestar. No reconoce por *restaurador* á otro partido que el carlista, y por *revolucionarios* comprende á todos los liberales; pero yo, reservando para ocasion mas oportuna el definir y fijar los caracteres y los medios de la verdadera *restauracion* moral, y designar cuando convenga si alguna vez conviniere el punto de partida ó primer arranque que tuvo la revolucion, entiendo con el diccionario por *restaurar* el *reponer las cosas sobre su pié*, el *volverlas á su primer estado*, y no creo pueda disputarse la exactitud material de la palabra á los que están por el restablecimiento de una rama que con derecho ó sin él ha ocupado el trono 35 años. Del mismo modo concreté allí el nombre de *revolucionarios*, como previne desde las primeras líneas, á los que toman por base la revolucion de 1868; y es muy natural en quien trata de calmar las *disidencias políticas* en lugar de aumentarlas. Tambien sé que no puede haber en sí dos *legitimidades*, pero sí dos *opiniones* distintas en punto á *legitimidad*, como por tanto tiempo las ha habido y las hay aun; y estas son las que en 1845 y 46 me esforcé en conciliar mediante una fusion de derechos, y estas son las que no veo ahora capaces de *transaccion* ni de *amalgama*. Bien claro lo he dicho todo, ¿porqué me obliga el buen articulista á repetirlo? Sé muy bien quienes se hallan afiliados á dichas dos ramas, ó al menos conozco un poco de todo: tengo amigos muy queridos, escelentes católicos, en unas y otras filas; pero ni son amigos ni los creo buenos católicos precisamente por su opinion. *Mi sagrado deber*, como escritor que no soy ni quiero ser de partido y como órgano de la asociacion de Católicos, no es *manifestar el sistema de gobierno que debe prevalecer*, pero sí *proponer en términos claros la línea de conducta* que á mi juicio deben seguir los buenos católicos y en especial los asociados: y esto lo estoy haciendo tres años hace *sin ambages ni rodeos*, diciéndoles que, crean en la legitimidad que crean, mientras no se atribuyan la soberanía revolucionaria, vayan unidos y compactos en cuantos puntos se lo permita su respectiva consecuencia dinástica y sobre todo la pureza de la doctrina católica; que hagan política religiosa y no religion política; y que tratándose de cuestiones entregadas á las disputas de los hombres, si es que quieren convencer y atraer,



ningun partido blasone de buenas á primeras de *representar* esclusivamente el orden, la moralidad y la justicia, y de apropiarse el bien, la luz y la verdad, haciendo gracia á su contrincante del mal, de las tinieblas y del error. En cuanto á la legitimidad única y verdadera, como cada cual ó la mayor parte tiene formado su juicio, no es probable que lo sujete al pobre mio, que no es de jurisconsulto ni siquiera de leguleyo; pero si llegara el caso de hacer por mi cuenta esta investigacion de derechos, que no creí conducente en mi larga empresa conciliadora ni Balmes tampoco, ó si alguna eficacia tuviera mi arbitraje como el de los nueve del parlamento de Caspe, entonces no dude que, previas las lecturas que me recomienda y las de tanto escrito como viene acumulándose durante cuarenta años, pronunciaría mi veredicto sin *ambages* ni *rodeos* que no acostumbro. Entretanto ¿de qué sirviera comprometer la bandera sagrada que enarboló en luchas de partido, con los cuales no debo permitir se la confunda? y si mi voz solo por ser neutral pierde ya algo de su ascendiente en los apasionados á una bandería, ¿qué habria de resultar si se mostrase parcial é interesada?

Lo que no sé á que viene es el citar y reproducir la tan conocida carta de su Santidad á monseñor Segur, cuando yo en todo mi artículo no hablo de doctrinas liberales, si no para decir que «en la invariable enseñanza de la Iglesia, sustancialmente incluida en las declaraciones que compila el *Syllabus*, tienen que deponer su escoria revolucionaria las decantadas conquistas del siglo.» Añade que *á la legua se trasluce á que clase de personas y sistema me inclino*; pero por si se equivoca, como les ha sucedido á gentes de olfato por lo menos no inferior al del Sr. A. M. R., yo que no hago de ello ningun misterio, le diré que tocante á *personas* me inclino siempre á las mejores, es decir mas sincera y practicamente católicas sin distincion de partidos, y tocante á *sistema* (en lo mudable y accidental, porque lo esencial é invariable no es de sistema) al mas oportuno y conveniente segun las circunstancias. Agradezco su celo por *sacarme* de mi *difícil é insostenible posicion*, en la cual sin embargo me encuentro muy á gusto; y aunque para *cambiar de conducta* como escritor, un poco tarde es despues de treinta años continuos en que ninguna necesidad de cambiar me han indicado mis mas respetables amigos y consejeros, ¿quién sabe sin embargo? ¡Puede tanto sobre el corazon mas empedernido una espresión de inocencia! Pero si me decidiera, suscribiendo á la

fórmula que me presenta y repitiendo palabra por palabra la profesion que me dicta, entonces ¿qué le quedaria que hacer á la *Constancia*?

Q.

## SEPARACION DE LA IGLESIA Y DEL ESTADO.

CARTA DÉCIMASEXTA DE D. VICENTE DE LA FUENTE.

Madrid 6 de enero de 1872.

Mi querido amigo: La Iglesia celebra la fiesta de la adoracion de Jesus por los Reyes; en otros tiempos los reyes conmemoraban este piadoso acontecimiento, pero de algunos años á esta parte han dado en la flaqueza de quedarse con Herodes, y los presidentes de república no les van en zaga. ¡Tan cierto es que las formas de gobierno de nada sirven, cuando la inmoralidad y la impiedad se apoderan de los gobiernos y de los gobernados! ¿En qué se diferencian Bismark, ó sea el emperador de Prusia, y el rey de Baviera que persiguen al episcopado católico y protegen á los cismáticos monárquicamente, de los republicanos suizos que espulsan á los jesuitas y usurpan las iglesias católicas democráticamente? En nada.

En verdad que han de ser bien candorosos, ya que no *inocentes*, los que crean salvar á los países y al catolicismo con determinadas formas de gobierno. Con un gobierno monárquico absoluto hacia José II en Austria lo que ahora hace el rey de Baviera, y con otro gobierno monárquico absolutísimo hacia Carlos III en España con los jesuitas lo que ahora hacen con ellos los republicanos suizos.

A vueltas de esto se preconiza por todas partes la teoría de la separacion completa entre la Iglesia y el estado, y los partidos tienden á ello abiertamente. Llamábase á esto años pasados el *sistema Americano*, como si los Estados Unidos fuesen ya toda la América y hubiesen logrado su ideal de absorber las repúblicas hispano-americanas y matar en ellas la civilizacion latina. Además que los Estados-Unidos no han despojado *todavía* allí al catolicismo, y digo todavía, porque para mí es indudable que no concluirá este siglo sin que en la América del Norte sufra el catolicismo grandes persecuciones y despojos. Para esto no se necesita ser profeta, sino saber historia y lo que se llama filosofía de la historia.

Ahora en Francia proclaman los radicales la separacion entre la Iglesia y el estado, y el frívolo



Víctor Hugo la acepta estipulando con los comunistas de París. Es mas, en la bazofia de enseñanza vienen pidiendo enseñanza obligatoria y lega. *Laica* traducen nuestros periodistas; si supieran castellano la llamarían *laical*.

¿Cuál es la actitud del catolicismo en medio de esta algarabía de vocingleros separatistas?—Bien sencilla. El *Syllabus* dice en su párrafo 55—*Ecclesia ab statu, statusque ab Ecclesia sejungendus est*. Prohibida esta proposición por la santa sede, el católico no puede ser separatista. Si el estado quiere separarse, vaya en hora buena: nosotros nos quedamos con la Iglesia y volvemos á considerarnos en los primeros siglos de cristianismo. Las autoridades civiles no son lampoco para nosotros mas que los procónsules y los pretores paganos. ¿Qué diferencia hay entre unos y otros? son acaso mejores los escépticos modernos que solo creen en el dinero, que los pretores que creían en Júpiter y en el Hado?

Nosotros estamos en la Iglesia, y estamos quietos sobre la piedra inmóvil. Al separarse ellos de la Iglesia, precisamente se han separado de nosotros. Nos acusan de nuestro retraimiento, de nuestro alejamiento, ¿quién tiene la culpa? ¿Creían que nos habíamos de ir con ellos? ¡Qué disparate! Ellos y el diablo ya se van llevando á los suyos. Nosotros nos quedamos con Dios y con la Iglesia.

No ha muchos años que un clérigo profesor de la Universidad, y en tal concepto compañero mio, escribía un discurso que metió bastante ruido y dió lugar á briosas refutaciones (1): aconsejaba en él á la Iglesia que no se retrajera del estado, que antes al contrario procurase intimar con él y volver á las dulzuras de otro tiempo. Creo que hoy el autor se alegraría de no haberlo escrito. ¡Los tiempos han cambiado tanto de entonces acá! Hice entonces notar al autor, sin otras observaciones que no son de este lugar, que en mi juicio todo el discurso estaba basado sobre un supuesto falso y gratuito, cual era el afirmar que la Iglesia durante este siglo y sobre todo en España se divorciaba del estado, padeciendo en esto una alucinación semejante á la de los viajeros que ven correr los árboles, los campos y hasta los campanarios, cuando en realidad quien se mueve es el carruaje ó el buque que los conduce.

Afirmar que despues de las tropelías cometidas por las cortes de Cádiz y por las constitucionales de 1820 al 23, y los degüellos, saqueos, amenazas, insultos y atropellos al clero desde 1834 á 1856 inclusive, y la espoliación sistemática de todos los de-

rechos é intereses de la Iglesia de un siglo á esta parte, la Iglesia era la que se alejaba del estado, era mucho candor y contar demasiado con la candidez de los oyentes. ¡Cosa rara! el día mismo en que se leía el discurso, el general Concha daba un parte violento contra el general Prim, que acababa de sublevar dos regimientos de caballería con los cuales marchaba hácia Portugal, suavemente impulsado por el general O'Donnell. Al mismo tiempo los periódicos revolucionarios amenazaban al clero con todo lo que han hecho de tres años á esta parte, y pedían á voz en grito la separación de la Iglesia y del estado. Pedíanla también acalorados pero poco prudentes amigos de la Iglesia, que también la Iglesia tiene amigos tontos; y los que oían estos gritos de una y otra parte, escucharon con estrañeza las noticias del nuevo académico y sus deseos de estrecha alianza y sus peroraciones á la Iglesia para que se adhiriese al estado, cuando todos veíamos al estado abusando de su posición contra la Iglesia y sus derechos.

Poco despues alzó esta su voz por conducto de su gefe visible y supremo gerarca, condenando en el *Syllabus* las tendencias separatistas, y diciendo espresamente las palabras antes consignadas. Desde entonces ya el católico no puede vacilar en esta cuestión. Nosotros no podemos pedir que el estado y la Iglesia se divorcien, ni tampoco aplaudirlo; pero si el estado, á manera de los antiguos emperadores idólatras, quiere separarse de la Iglesia, decimos de él lo que á otro propósito decía S. Pablo: *Quod si infidelis vult discedere discedat; in pace enim non in servitute vocavit nos Dominus*.

Si el gobierno y sus partidarios (el estado es otra cosa) quieren separarse y marcharse á la infidelidad á Dios, al escepticismo, á la region salvaje en que se dan iguales derechos al mal que al bien, al error que á la verdad, en que se llama filosofía el absurdo del derecho del hombre á obrar mal, á vivir en esa atmósfera de continuos odios y calculadas desconfianzas, váyanse enhorabuena; nosotros nos quedamos en la Iglesia, en la ley de amor y de caridad, de abnegación y de humildad, de fe y de sumisión: mas conste que esa separación la hacen ellos, que si estamos divorciados es porque ellos rompieron los vínculos á disgusto nuestro. Conste que ellos son los *separatistas*, nosotros somos separados á la fuerza.

Pero una cosa es el gobierno y su gente, y otra cosa es el estado. Los filósofos y políticos modernos, cuanto mas hablan del estado, mas lo embrollan. El estado no es una cosa *esencial* sino *accidental*. Es el modo de ser que tiene una nación; y si

(1) Discurso de D. Fernando de Castro en su recepción en la Academia de la historia.



es modo es *forma* de ser, y los modos y formas siempre son accidentes. Los krausistas dicen que el estado es «la entidad jurídica encargada de la realización del derecho.» Esta definición, hípida y bárbara como todas las suyas, confunde al estado con los tribunales. A varios estudiantes, á quienes oía este desatino en grados y exámenes, les hacia observar que un tribunal es «una entidad jurídica encargada de la realización del derecho»; y con esta ligera observacion, sin entrar á examinar en el fondo esa pretendida definicion, he logrado que ya no la repitan, á lo menos delante de mí.

Si el estado es la forma en que existe una nacion, este podrá ser católico, aunque el gobierno no lo sea y aunque no lo sea el estado en su forma política de existir. Tal sucede en Irlanda: la nacion es católica, porque lo son la casi totalidad de sus habitantes, aunque el gobierno es protestante y el estado en su parte política lo es tambien. En tal caso, puestos en pugna el gobierno con la nacion y el estado político con el estado social que es el verdadero estado, resulta un antagonismo deplorable en que el gobierno opresor agota sus fuerzas, y tiene al último que sucumbir ó pactar con la nacion, armonizando en tal caso el estado político con el social, para que resulte un estado verdadero y compacto.

¡Hé aquí á donde vamos á parar! En esta lucha estamos, y por tanto es preciso deslindar los campos. Los católicos, divorciados hoy dia del gobierno revolucionario, tenemos el deber de luchar con él como los primeros cristianos con los procónsules, hasta que la mayoría católica y honrada haga por medios legales, morales y altamente católicos el vacío al rededor de la revolucion y de sus partidarios, y que la revolucion *siempre suicida* se mate á sí misma despues de haber devorado á sus hijos. Algunos lleva comidos ya desde 1868; ¿y no es cosa de alabar á Dios ver como los *puntos negros* se van degollando unos á otros?

Creo que ciertos ataques políticos contra la revolucion fortifican á esta, en vez de derrocarla. Aquí se nos insulta á los católicos que nos alejamos de la política, y se nos quiere hacer creer que el papa quiere que seamos políticos. Lo dudo mucho; y por mi parte, mientras el papa no me lo diga *claramente* y por conducto seguro, pienso vivir en mi actual retraimiento. ¿No es chocante que la fórmula de los católicos italianos sea—*ni electores ni elegidos*?

Resta algo que decir acerca del caduco y estúpido regalismo en lo relativo á la separacion. Mientras los reyes cumplieron con su alta mision de proteger á la Iglesia, como Dios les manda, y no con-

virtieron la *proteccion* en *protectorado*, la santa sede les concedió numerosas franquicias y privilegios, y aun toleró á veces *pro bono pacis* intrusiones, á la manera que una buena madre disimula á veces ciertos pequeños defectos en sus hijos sin que sea visto que los autorice. Pero querer los gobiernos, que ya no son católicos sino de nombre, que se les guarden las consideraciones que tuvo la santa sede con gobiernos verdaderamente católicos, con los que vivió en gran armonía, es el colmo de la ridiculez y un despropósito jurídico: *distingue tempora et concordabis jura*. Los reyes y sus gobiernos ya no son protectores de la Iglesia sino perseguidores; por consiguiente no tienen derecho á pedir á esta lo que concedió á los otros. ¿Cómo ha de ser igual el derecho del protector y del amigo, que el del perseguidor y el verdugo?

Por otra parte, las exageraciones del regalismo desde mediados del siglo pasado desnaturalizaron completamente el carácter de aquellas relaciones y de aquellas concesiones; de tal modo que, aun cuando hubiesen continuado viviendo en armonía la Iglesia y el estado, no hubiera sido posible que hubieran continuado tal como este habia llegado á querer entenderlas. Y con todo, de la revolucion de 1868 acá se han dictado disposiciones regalísticas, tan irritantes unas y grotescas otras, que nos han hecho casi llegar á desear la separacion de la Iglesia y del estado á trueque de estirpar las llamadas regalías, si es que pudiéramos desear aquella. Decretos han firmado algunos ministros de gracia y justicia, por los cuales se daría calabazas á un estudiante. El del nombramiento de deanes merece el látigo de la sátira mas que una refutacion seria; pero los prelados de la Iglesia en su alta posicion tienen que hablar seriamente aun de cosas ridículas del gobierno, y no se permiten usar medios que á veces podemos emplear los particulares.

V. de la F.

CARTA DE MR. DUPANLOUP AL «JOURNAL DES DEBATS»  
SOBRE SU RENUNCIA DE ACADÉMICO.

Véase como vindica el elocuente prelado su digna resolucion censurada por dicho periódico.

«Al combatir la candidatura de M. Littré, he pensado ante todo en la religion, en las almas, en los peligros de la juventud y de la sociedad, en los intereses superiores de la moral y de la verdad. Convencido al mismo tiempo de que la academia no podia ser indiferente á esos intereses, he tenido la ambicion de defender la honra del cuerpo á que pertenecia. El triunfo de esa candidatura en tales condiciones me imponia otro deber, y lo he cumplido.



Decís que no debía negar la entrada de la academia á un sabio, miembro ya del instituto; que pongo en compromiso á la academia obligándola «á elogiar á un académico en vida;» que la molestaba ya haciéndola oír «homilias que son anticuadas,» y que mi dimision por último va á prestarse «á las reflexiones ménos melancólicas de la galería.» Tal es la elevacion de ideas á que os remontais aqui, caballero.

Fácil me seria contestaros que, siendo ya el sabio M. Littré de la academia de los eruditos, no habia grandes motivos para llamarle á la de los literatos; que mucho mas serio compromiso que el de que os ocupais será el de hacer el elogio de las obras y de las doctrinas del que acaba de ser elegido. El eseogido auditorio que honra á la academia en el día de las grandes recepciones, al mismo tiempo que la academia forma á veces sus nobles delicias, se levantaria todo entero, caballero, si hubiera quien se atreviese á esponer ante él algunas de las teorías del nuevo académico sobre Dios, el alma, el pensamiento, la libertad moral, el amor, la sociabilidad, el hombre.

Podria añadir que un pontífice del ateísmo deberia ser en la academia mas embarazoso que un pontífice de la religion, y que si la galería de que hablais puede hallar aquí motivo de risa, hay otra galería que reirá tambien, pero con amarga risa: la Europa, la Alemania alborozada de todo lo que demuestra y acelera la degradacion de Francia. Esa galería, seguro estoy de ello, abriga la opinion de que mis anticuadas homilias sobre el ateísmo y el peligro social han rejuvenecido singularmente con los horrores de la *Commune*. Ese es, caballero, el lado grave de la cuestion, porque las cuestiones no son lo que quieren los hombres, y hay tiempos que aumentan su gravedad: no depende de vos ni de mí cambiar el espantoso año que acaba de pasar. Todo está en eso.

Y como tengo otras ideas que vos sobre los estragos que el materialismo ateo hace en todas las clases de una nacion, advierto que tampoco entiendo como vos la idea que debe formarse de la academia francesa. Si la academia francesa no fuese mas que un salon de conversacion literaria, y si la negacion pública y obstinada de Dios, del alma y de la libertad humana fuera solo una quimera sin importancia, tendríais razon y yo seria el equivocado; el que entra ó sale en un salon, ¿qué importa las mas de las veces? Pero yo me habia formado otra idea de la academia, y como lo he dicho á la academia misma, viendo que esta contiene los primeros hombres de estado, los primeros filósofos, los primeros jurisconsultos, los primeros literatos de mi pais, creia y sigo creyendo que Francia está atenta á sus actos, á sus palabras, á sus elecciones. Mi error, si es que lo tengo, ha sido acostumbarme á la idea de que nada debía hacer bajar á la academia de esa altura.

Las doctrinas de M. Littré son de tal naturaleza, que con ellas no es posible ninguna sociedad, ninguna religion, ninguna filosofia. Sancionarlas elevando á los primeros honores del talento francés al escritor que es entre nosotros su mas ardiente propagador, me ha parecido absolutamente imposible. Esto era, en los momentos presentes y en la confusion intelectual en que perecemos, asestar un golpe demasiado fuerte á la conciencia pública.

Y al pensar así, caballero, estaba en las tradiciones y en el espíritu mismo de la academia, y para ello atestiguo con dos grandes académicos M. Villemain y M. Cousin. El uno

fué miembro de la academia francesa durante 50 años y su secretario perpétuo. El otro ha tenido asiento en la noble compañía, sabido es con qué esplendor, durante mas de 30 años. Ahora bien, ni uno ni otro admitian que la cualidad de las doctrinas importase poco á la academia: los dos profesaban que los errores fundamentales, que la negacion de las verdades necesarias constituian una indignidad.

Así M. Cousin, á propósito de un candidato que enseñaba los mismos errores que M. Littré, decia á los defensores de su candidatura en la academia de las ciencias morales y políticas «vuestro amigo es ateo, materialista, desafía al sentido comun:» libre es de escribir libros, de ganar electores y de hacerse un nombre ilustrado, «pero dia llegará en que el sentido comun, que no es la filosofia, pero que es el juez de la filosofia, tomará asiento sobre su tumba y lo borrarà de la lista de los pensadores; hasta entonces es inelegible, al menos que la academia no quiera abandonar toda especie de direccion acerca de los trabajos de la juventud, y quitar toda satisfaccion al honor de ser admitido en su seno.»

Y M. Villemain, teniendo que explicar en una sesion pública anual, el 21 de julio de 1864, por qué la academia habia rehusado sus sufragios á un escritor muy superior á M. Littré por su estilo, no temió declarar que el motivo habia sido «un error que el talento no puede corregir, y que á veces lo agrava.» Este error no era otro que el mismo que profesa y propaga M. Littré: «la doctrina que no explica el mundo, el pensamiento y el genio mas que por las fuerzas vivas de la materia;» es decir, el materialismo. M. Villemain explicaba en seguida con suma elocuencia lo que es evidente y hasta de buen sentido, á saber: «que ninguna opinion tiene derecho á que se acepte con indiferencia por honor público,» y que la academia «en la negacion de las verdades necesarias» verá con razon la imposibilidad en que se encontraba de premiar el talento que las desconocia.»

Todo esto es perentorio; pero es curioso al par que triste pensar que se da por sucesor de M. de Villemain al mismo M. Littré.

Me decís que la academia no siempre ha sido fiel á ese gran respeto de sí misma. Lo ignoro; pero lo que sé es que nunca la he visto apartarse de él. Y lo que sé tambien es que el mismo Voltaire, cuyo nombre aquí se pronuncia, no era ateo, y M. Littré le declara en alguna parte muy *cándido* en la expresion de su creencia en Dios.

Habiendo creido la academia poder pasar adelante en oposicion al espíritu y á las tradiciones que acabo de recordar, no me quedaba mas que un partido què tomar; el de manifestar por semejantes doctrinas mi público desprecio.

El espíritu de dominacion de que hablais ni la intolerancia nada tienen que ver aquí. Hasta ahora habia creido que explicarse en público, contradecir frente á frente con las pruebas en la mano, esponiéndose uno á la réplica y á la mas libre polémica, era lo que se llamaba libertad de discusion; y que de todos modos, la primera y la mas inocente de todas las libertades, cuando está de por medio el honor de la conciencia, era la libertad de marcharse.

Me decís que sin embargo consiento en seguir siendo colega de M. Littré en la asamblea nacional.

Mi respuesta es bien sencilla: que 10,000, 100,000 electores de una ciudad popular voten por un candidato de causas peligrosas, lo deploro sin que me sorprenda; pero que electores selectos y del primer grado, los hombres mas emi-



... nentes de un país, los maestros de la política y de las letras eleven á la honra mas rara de que pueden disponer al profesor mas conocido y militante de ateísmo, al día siguiente de la mas espantosa explosion del materialismo en política y en moral que ha conocido el mundo, esto me ha parecido verdaderamente un espectáculo lamentable.

Fuera de esto ya ven, caballero, que no comprendemos de la misma manera, ni el papel que representa la academia ni el peligro de la sociedad, ni las consecuencias de las doctrinas subversivas, ni el uso de la libertad. Pero no sois vos, sino la inmensa mayoría conservadora de Francia, á quien acepto por juez en esta cuestion. No, los hombres serios no encontrarán en el incidente que nos ocupa, como vuestras palabras lo insinuan, motivo alguno para regocijarse. Y los que tuvieran intension de hacerlo darian una prueba mas de la incurable ligereza que nos echan en cara.

Cometeis muy á menudo en el *Diario de los Debates*, á pesar de vuestra ilustracion, esas ligerezas fatales para la inteligencia y para la conciencia pública. Sois de los que despues del congreso de Lieja me decian: «¡Son unos niños!» Y contestaba yo: «Esos niños tal vez dentro de diez años serán nuestros amos.» No han esperado esos diez años, y ayer tomaban asiento en la *Commune*, y habeis podido leer algunos de sus nombres al pié de sus decretos.

Continúese teniendo en Francia tanta indiferencia moral por los hombres, tales compromisos y tales debilidades no solamente en la academia francesa, sino en otras partes tambien y no se harán esperar largo tiempo nuevas desgracias.

## CRÓNICA.

El conde de Harcourt fué el 3 por la mañana al palacio del Vaticano para enterarse personalmente de la salud del padre santo. Su santidad estuvo en realidad indispuerto el domingo y el lunes. Sin embargo se restableció en breve y pudo conceder algunos momentos de audiencia al conde de Harcourt.

Su santidad habia contestado el día anterior en una carta autógrafa á la felicitacion que por ser el primer día del año le habia dirigido la princesa Clotilde Napoleon, hija de Víctor Manuel.

En las recepciones del Quirinal el rey ha procurado siempre no comprometer el porvenir con sus palabras, y se ha reducido á pronunciar vulgaridades; en la última recepcion dijo á las comisiones de las dos cámaras que hacia buen tiempo y que esperaba que lo haria durante el año. En el Vaticano, al contrario, ha habido completa franqueza.

La visita mas singular ha sido la de dos personajes que se apearon de una carroza de palacio; eran el general Pro-lormo y el marqués Corsini de Lajatico que deseaban felicitar al papa de parte de S. M. Víctor Manuel. Fueron recibidos por el cardenal Antonelli, quien les dijo que su santidad no podia recibirlos personalmente por estar ligeramente indispuerto, pero que acogia con satisfaccion las felicitaciones de S. M. el rey de Cerdeña.

El papa dirigió dias pasados en el Vaticano á los obispos nombrados últimamente la siguiente alocucion:

«Esperamos mejores y mas felices dias; esperamos que el Señor tendrá misericordia de esta pobre Italia. Cuando Dios quiere castigar á un pueblo, le priva de sus pastores y de las gracias sobreabundantes que deben guiarle en las dificultades sendas de la vida para llegar á la eternidad. Asi ha sucedido con esta pobre Italia desde hace muchos años. Cuando por el contrario quiere usar de su misericordia para con un pueblo, le provee de todos los auxilios espirituales y

temporales que facilitan su salvacion, y ante todo le da pastores segun su corazon, que sean sus antorchas y guias.

»Hoy el hecho de que por la misericordia de Dios enviemos obispos á las iglesias viudas, es sin duda una señal de piedad y de bien actual; pero es sobre todo el anuncio de un porvenir mejor que Dios nos reserva para despues de estos momentos de penosa prueba.

»Los nuevos pastores, al ir á sus diócesis, hallarán varias clases de personas á las cuales deberán aplicar especialmente su solicitud. Las primeras son los incrédulos..... Las otras clases de personas no son malas en el fondo, pero son de ánimo indeciso, débil, y digamos la palabra, absolutamente vil: quieren conciliar el bien y el mal, la verdad y la mentira, y estas cosas no pueden conciliarse. Es necesario orar por los primeros para que el Señor los convierta; á los segundos es preciso enseñarlos y animarlos. Trabajad con unos y con otros, y con la ayuda de Dios lograreis la salud de los pueblos por medio de todas las virtudes episcopales.

»Por eso os bendigo y bendigo á todos vuestros pueblos en lo espiritual y en lo temporal para el tiempo y por la eternidad.»

La recepcion de los niños, que se verifica anualmente en el Vaticano en la Epifanía ó dentro de su octava, ha tenido lugar este año el día 9 de los corrientes, en el cual Pio IX representaba visiblemente á Aquel que decia: «Dejad que los niños se acerquen á mí.» Trescientos niños de ambos sexos de la nobleza romana, ninguno de los cuales llegaria á los doce años, habiendo muchos de tres y de cinco, estaban colocados delante de sus padres en la gran sala del consistorio. Aquellos seres inocentes ocupaban el lugar de los príncipes y prelados de la Iglesia; la inocencia, que es la mejor riqueza, bien merece esta distincion. Al medio día entró en la sala el pontífice, á cuya presencia cayeron de rodillas aquellas angelicales criaturas y sus padres. Despues se acercaron al trono pontificio algunas de aquellas, y presentando al papa un album de ofrendas, dos niñas muy pequeñas y un niño recitaron poesías, tan graciosamente, que el papa y su corte no podian menos de manifestar su complacencia. Con singular energia, dice la *Voce della Verità*, y con hermoso acento romano manifestaban sus sentimientos en sencillos versos; algunas veces traspasaban los limites concedidos por las leyes del reino de Italia, pero no es de creer que se les procese.

Cuando hubieron terminado, Pio IX les dió medallas, y puesto de pié les dirigió cariñosas frases muy adecuadas al caso. «La Iglesia les dijo, recuerda en estos días que María y José de vuelta de Jerusalem condujeron al Niño á Nazareth, donde él, Hijo de Dios y Dios mismo, vivió humilde y sumiso á ellos. No desdeñaria ayudarles en sus cotidianos trabajos; pero lo que debeis tener mas presente, es esta sumision y obediencia á su Madre y á su Padre. Vosotros tambien, queridos míos, sed sumisos á vuestros padres, porque este es el precepto y el ejemplo dado por el Señor. Ellos os dirán lo que conviene hacer: sed siempre buenos, dóciles, modestos. Huid del ocio, y vosotras, niñas, ocupaos en las labores, y vosotros, niños, en vuestros estudios: sed el consuelo de vuestros padres y Dios os bendiga, como yo de todo corazon os bendigo.»

Despues de bendecirlos, Pio IX les dió á besar la mano. Un inmenso grito de ¡viva el papa! ¡viva Pio IX! despidió al pontífice, que en otras salas se dignó recibir los homenajes de los duques de Granada, los condes de Lutzon, la condesa de Béthune y otras personas notables.

## CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

El discurso pronunciado en la anterior conferencia por el director de LA UNIDAD sobre los males y remedios de la época, empieza á publicarse en otro lugar de este número, formando los artículos VII, VIII y IX de la espresada serie.

Hoy domingo por la noche dirigirá su voz á la Asociacion D. Miguel Coll Pro.